Solemnidad. Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo, Ciclo C.

La víspera de la pasión

"Jesús, tomando los panes y los peces, los bendijo y se los repartió a los discípulos para que se los sirvieran a la gente". San Lucas, cap. 9.

Los primitivos creyeron que Dios sólo habitaba en las montañas. Más tarde comprendieron que toda la creación está encinta de Dios. Lo que San Pablo explico en su discurso a los griegos en el Areópago: "En El vivimos, nos movemos y existimos".

Jesús de Nazaret nos convenció de esto con su enseñanza y sobre todo con su vida. Cuando sana enfermos, cuando multiplica el pan y el pescado, nos hace entender que la presencia de Dios, que su fuerza, nos acompaña siempre. Sólo que algunas veces, por medio de ciertos signos, se manifiesta y se hace más tangible.

La víspera de su pasión, mientras cenaba con sus discípulos, les insiste: Cada vez que repitáis este gesto de compartir el pan y el vino en memoria mía, estad seguros de mi presencia entre vosotros.

Después de Cristo, los escritores y los catequistas de cada época nos presentan la Eucaristía, haciendo énfasis en uno u otro aspecto del Sacramento del Altar.

Unos la explican cómo el Sacrificio de la Nueva Alianza. Otros, cómo la fuente de donde brota el cristianismo. Algunos escriben largos tratados sobre la presencia real, la gracia sacramental y sus efectos en quienes comulgan. Últimamente otros insisten en la dimensión social de la Eucaristía.

Todo esto es valioso. Pero a veces corremos el peligro de quedarnos en una teoría elaborada y colocarnos al margen de la vida. De la vida de Dios que se esconde bajo las especies sacramentales.

Hoy se nos habla del sentido ascendente de los Sacramentos y de su sentido descendente. Es una forma profunda de comprender que aquellos son un signo. Un signo sencillo, pero maravilloso de Dios, presente en cada lugar de la tierra.

Antes, entendíamos solamente el sentido descendente de los Sacramentos. Así afirmábamos que Cristo baja del cielo hasta el altar en el momento de la Misa. Que la Comunión es un contacto con Dios, quien viene de lo alto a santificarnos, del mismo modo que el rayo descarga su fuerza sobre la cima de algún monte.

Pero es más hermoso y más de acuerdo con el amor de Dios, el sentido ascendente de los Sacramentos: Bajo la corteza terrestre existen millones de toneladas de materia incandescente. Durante miles de años, nadie sospechó su existencia. Pero de pronto, alguna montaña se coronó de fuego e iluminó la noche. Un signo demasiado pequeño, si lo comparamos con la realidad significada. Pero el hombre que lo contempla desde lejos descifra el signo.

Cuando nos acercamos a la Eucaristía y compartimos en amistad aquel trozo de pan y aquel sorbo de vino, comprendemos que Dios invade todo el cosmos. Sólo que algunas veces se nos hace tangible y manifiesto por un signo pequeño, adecuado a nuestra dimensión de mortales. Este es el Sacramento de nuestra fe..

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y.